

## **I.No saber hacer nada cuando el falo no hace semblante: no hay autismo sin het-eros.**

¿Quién le teme a un significante al punto de convertirlo por una significativa inversión en el elemento para dessexualizar al psicoanálisis! Cuestión antipática la que planteaba hace veinte años Néstor Braunstein cuando aún era posible tocar ciertos temas que podrían excluirnos automáticamente del Consenso. ¿Estamos en condiciones todavía hoy de dejar atrás esa primera analítica del sexo como la llama Jean Allouch y prescindir del *falo* y del *objeto a*? No cabe la menor duda que hoy en día nadie podría no rechazar al falo y sus arrogancias, pero ¿estamos en condiciones de avanzar hasta allí donde los grupos feministas más radicalizados han puesto con justicia el foco, hasta el abandono definitivo de la heterosexualidad? Aquella de la que ya en los años '50, cuando uno de los leitmotiv de la investigación psicoanalítica era la homosexualidad, Lacan decía que era la montaña frente a la que se detenían todos. ¿Es posible denunciar aquella sin abandonar el imperio de ésta?

Otra cuestión: ¿qué ocurre con el volverse hombre cuando el goce sexual no es agenciado por un discurso? , como ha interrogado Colette Soler recientemente en Buenos Aires. ¿En qué deviene la presunción fálica cuando ya no hace semblante y no contamos con algún escabel, un *step stool*, que nos permita alcanzar la estatura apropiada? En violencia ontológica quizás, al fin realizada.

¿El falo como *bedeutung*, como referencia exterior, como fundamento, es compatible con su carácter de semblante? ¿Será posible despegarlo de un estatuto de verdad por desocultar, de *aletheia*, a la manera heideggeriana, y ubicarlo en un estatuto de no realización, de

espera, justo antes o después de la hora señalada, allí donde desfallecemos frente a la ausencia de respuesta del Otro, cuando no hay nada que hacer? El falo como semblante del semblante o, más exactamente, como representante del semblante. Lacan creyó encontrarlo primero en los arcanos kleinianos de la imago de la pareja combinada, como surgiendo de la nada agregamos.

Una de aquellas violencias ontológicas en las que se han embarcado no pocos analistas es la batalla del autismo. ¡Ha llegado la hora de hacer algo! ¡Y si es entre varios mejor! Pero eso sí, ¡de sexo ni hablar! Estos niños ya no son niños que deben sufrir la espera de que surja su asunto en el campo del Otro, son autistas y Eros ya no se ocupa de ellos, ha sido reclutado por Ares cuya inclinación a cambiar de bando es por todos conocida.

Y mientras tanto qué hacemos con estos niños se me dirá. Nada. Lo cual no es lo mismo que dejarlos a la buena de Ares como tantos psicoterapeutas que no saben, hacer nada. Sí, frente a esa pregunta que retorna desde el campo del Otro, (¡)¿qué estás haciendo con ese niño?(!) , y frente a la respuesta no por obvia menos efectiva [ese ¡lo tengo! ¡aha-*erlebnis!*], ¡Nada!, salen huyendo despavoridos arguyendo vaya a saber que de-ontología profesional que impediría alojar cualquier semblante. Son, remarco lo de son, analistas.

Pero habrán faltado a su cita, la próxima con ese niño, aquella que podría poner *en juego* la referencia, referencia que no es ni profesional ni de Escuela, mucho menos de manual. Poner *en juego* la referencia es que en el entre-dicho-dos nos la creamos, y dejo abierto por un instante sus oídos -no se puede más que eso- para que reverbere el decir. Entredicho temido porque parecer traer al presente, bajo otros ropajes, esa censura eclesiástica que podría prohibir el uso de los divinos oficios del analista al no poder brindar una evidencia

clara de las virtudes de su quehacer. No podemos permitir que un niño venga a nuestros consultorios a hacer nada, eso atenta contra nuestra integridad profesional. O es un pillo o algún defecto de maquinaria lo excluye de nuestros buenos oficios interpretativos. Mejor que se vaya, si es al terreno de la psicopatología mejor. La falta de integridad de uno de sus miembros podría ser la muerte para nuestro cuerpo profesional. No podemos permitir que años de trabajo se disuelvan en la nada.

Pero, ¿quién le teme a la Nada! O vamos a creer que es una representación de la muerte. No hay representación de ésta. El enigma no siempre bien elucidado por Lacan de la diferencia entre representante inconsciente y representación en la enigmática *Vorstellungsrepräsentanz* freudiana da cuenta de eso.

Probablemente haya sido el director de cine David Lynch en esa oscura *Mulholland Drive*, quien más se haya acercado a esto, a que no hay representación de la muerte, que lo que despierta es Eros, al menos cuando no está librando una batalla de puro prestigio. Que lo único que hay es un cowboy, un Gary Cooper de pacotilla, que siempre a destiempo despierta para hacerle escuchar decir a cada quien que esa es la chica... de sus sueños. Este lugarteniente freudiano nos viene a ofrecer un sueño que vela esa remontada apocalíptica del río Nung y ese encuentro imposible que Francis Ford Coppola nos figuró con el puente Do Lung donde no hay un comandante identificable machazamente. Y ya no hay retorno sólo avanzar hacia "...el horror...el horror" infantil y kleiniano.

Entonces, ¿ese eco trou-matico en el cuerpo de que hay un decir de verdad, realmente puede tomar otros caminos más hedonistas y prescindir de la apariencia de un representante cuyas facciones no siempre están al servicio del cuidado de sí? ¿Dicha apariencia puede

prescindir, si el cuestionamiento llega lo suficientemente lejos, del cuestionarse lo que la funda? ¿Es posible prescindir del mito de (la) referencia, sin caer en la violencia ontológica? ¿Ese poco de libertad para sentirse bien que deja abierto el trou-matisme sexual excluye al bien semblante-decir?

El acontecimiento del cuerpo si sigue siendo de orden pre-ontológico excluye que sea asunto de duración. Con lo cual del sueño de permanecer, en lo mítico, como le testimonia Lacan a Catherine Millet, no podríamos despertarnos, sin alguna violencia, psicopatológica, agregó.

## **II. La anorexia mental.**

Una de las herramientas más afiladas de los abordajes comportamentales es el adiestramiento por premios y castigos. Lo del premio es un eufemismo pues sabemos que la daga que pretende calar hondo en el comportamiento es el castigo, al menos en aquellos seres que parecen refractarios a las técnicas de mercadeo. Uno de los castigos por excelencia, es sacarles algo. Estos caminos han sido recorridos a su manera, también conductista, dentro del psicoanálisis, primero por los teóricos de la frustración y, más recientemente, por aquellos que hacen de la tan mentada extracción del *objeto a* una cuestión fáctica.

Probablemente su accionar tendría más alcance si tomaran en cuenta algo que Lacan ya en los años '50 había señalado. La privación no es asunto de sentir, pues se articula en el campo del Otro, y la frustración, aquella que está en la base del resentimiento, aquel que siguiendo a Melanie Klein ubica como la afección característica del hombre contemporáneo, no es frustración de objeto sino frustración de amor.

Y ya es una verdad de Perogrullo que el amor aparece en una dialéctica de la Demanda. La madre, dirá Lacan, es primordialmente omnipotente respecto a ésta y por eso no podemos eliminarla de esta dialéctica. ¿Pero qué madre? Aquella que no es un relojito como las enfermeras de Spitz , aquella cuyas distracciones la convertirán con el paso de los días en aquella Pachamama caprichosa, en esa potencia real cuyo dominio en la *Wirklichkeit* barre con toda periodicidad simbólica de la *Realität*. ¿Y por qué? Porque “convertida en ese ser real podría rehusar eternamente todo”. No es el lugar y el momento para detenerme en la fineza con que Lacan despliega las vicisitudes de esta primera simbolización a través de su lectura de las posiciones kleinianas. Sólo puedo expresar una vez más mi pesar porque en aras de sacarle brillo al Retorno promovido por Lacan, muchos psicoanalistas olvidaron su sentido y, cual anhelo soñado, aferrándose al pequeño Hans, creyeron que podían hacer durar a Freud desestimando, además, toda la apoyatura en la clínica kleiniana que sostiene las tres cuartas partes de su seminario sobre la relación de objeto.

Sin embargo quiero detenerme en un punto para poder localizar aquello que hace de la anorexia mental lo que nos permite alcanzar la estatura del Otro cuando aún el falo no hace semblante. De sus entrañas mismas nacerá el semblante, en el mejor de los casos. Disculpen si voy rápido y me veo en la necesidad de dar por sentadas ciertas lecturas clínicas. La oralidad no está dada desde el vamos, Spitz lo aprehendió cruelmente en sus estudios sobre el marasmo infantil. Surge de la frustración de amor, de la ruptura de promesa amorosa, cuando la decepción se intenta saturar en un objeto cuya especificidad es en si indiferente. Esta búsqueda de satisfacción ante la ausencia del don que testimonia del favor de la potencia materna conlleva una transformación que hace que el modo de aprehensión de los objetos también se erotice. Esta erotización de la oralidad no solo estará

en la base de una confusión entre demanda y deseo en el lugar mismo de la carencia sino que permitirá frente a la madre de quien es súbdito saborear la ausencia. El niño dará cuenta que este aprehender nada es también absolutamente efectivo e invertirá la dependencia, adquiriendo una potencia que convocará con posterioridad algún escabel venido de otra parte cuando los juegos de señuelo ya no permitan otro recurso que hacerse el mismo objeto falaz y caer en la trampa intersubjetiva. Sin embargo, la resistencia a la omnipotencia materna no se elabora en el campo de la acción, ni siquiera bajo la forma del negativismo, como estamos llevados a tragarnos frente a un niño que viene a hacer nada a nuestra consulta. La problemática anoréxica nos revela un objeto bajo el signo de la nada. ¿Estamos dispuestos a alojarlo? A aceptar que esta nada que al principio sirve al dominio convoque una Nada en nosotros que pueda servir al deseo. Dicha nadización simbólica como la llama Lacan será el lecho sobre el cual un imaginario socavado por la falta entrará *en juego* sobre la base de la frustración y la privación por ella velada, si no faltamos a la próxima cita.